



Angá, in memoriam

Era muy fácil sentirse amigo de Angá, sentirse querido por él, contagiarse de su sonrisa siempre a punto. Conocí a Miguel “Angá” Díaz mucho antes de que decidiera instalarse en Barcelona. Teníamos amigos comunes, y un día me presenté en un club de París para ver uno de sus shows con el percusionista argentino Minino Garay. Fue, como solían ser los conciertos de este genio de las congas, una fiesta. Allí, en las catacumbas de un pequeño club abarrotado, le agradecí una vez más su capital intervención en el disco de Cachaíto López *Cachaíto*, una joya que trasciende toda categoría y que, de una vez por todas, debería abrir las orejas a aquellos entusiastas de las etiquetas empeñados en constreñir lo

que llaman latin jazz a un tópico tontorrón de rumba y fiesta. “Espera entonces que salga mi disco, ya verás”, me avisó.

Pocos años después, Angá dejó París y se instaló en Barcelona, al lado de su hermano, Juan “El Indio Díaz”, privilegiada voz de sonero. En cuanto nos vimos de nuevo en Barcelona -donde Angá había recuperado el mar siguiendo la estela de uno de sus ídolos, Ronaldinho (con cuya camiseta incluso decidió fotografiarse para la publicidad del Festival Internacional de Jazz de Barcelona)-, le propuse tocar en el festival del 2004 con su grupo recién creado, que incluía a su hermano y a muchos músicos jóvenes que estaban viviendo a su lado una trepidante aventura musical. Pero que-

ríamos algo más, y añadimos a su hueste dos invitados: el baterista Horacio “El Negro” Hernández y el saxofonista Llibert Fortuny. De una tacada poníamos en el mismo escenario a las dos referencias incontestables de la percusión cubana y al músico español joven con mayor proyección.

No sólo eso: buscando un nuevo anuncio televisivo para el festival, propusimos a la cerveza Voll-Damm, patrocinadora principal de nuestro festival, que montara un dúo callejero con Angá y Fortuny. Improvisando ambos delante del histórico cabaret El Molino, el anuncio, además de recordar las bondades de una cerveza y la programación de un festival, era asimismo un mensaje ideológico por la personalidad de los artistas escogidos. El concierto con El Negro y Fortuny fue, por supuesto, una fiesta apoteósica en un Luz de Gas lleno hasta la bandera. Pero era obvio que habría que repetir, porque Angá no había editado todavía el disco que me había anunciado años atrás. No era fácil dejar a Angá de lado teniéndolo entre nosotros, y por ello, un año después, en el 2005, volvió con *Echu Mingua*, otra grabación tocada por su extraordinaria ambición musical, bajo el brazo por fin.

De hecho, Angá había convertido el Festival Internacional de Jazz de Barcelona en algo suyo. Participó en todos los actos protocolarios, no dejó de ir a todos los conciertos que pudo y siempre estuvo ahí dando palabras de ánimo. Siempre sonriendo, con miles de ideas musicales circulando entre su cabeza y sus congas. Era incansable.

Gracias, Angá, por todo lo que nos diste, gracias por bendecirnos a todos los que trabajamos en el Festival de Jazz de Barcelona, y gracias por compartir con nosotros la alegría y la paz de los espíritus que iban contigo. Te vamos a echar mucho de menos.

Joan Anton Cararach es director artístico del Festival Internacional de Jazz de Barcelona.